



INFORME: ANGEL CRESPO / CARLOS DE LA RICA

La juventud del poeta Ángel Crespo

Jesús María Barrajaón Muñoz



Ángel Crespo en 1942.

Desde que en 1999 publiqué un breve estudio sobre la correspondencia enviada por Ángel Crespo entre 1944 y 1951 al poeta Juan Alcaide (VV. AA. *Ángel Crespo, una poética iluminante*, Diputación de Ciudad Real, 1999), no he dejado de interesarme por la obra literaria de este segundo, cuya gran altura intelectual y literaria cada vez conocemos más, gracias sobre todo a la labor divulgadora que está llevando la profesora Pilar Gómez Bedate, su mujer. Reediciones de estudios como el dedicado a Juan Ramón (*Juan Ramón y la pintura*, Universidad de Salamanca, 1999), compilaciones de textos como la de los poemas en prosa (Igitur, Tarragona, 1998), o ediciones de artículos críticos sobre su obra como la impulsada por Gaetano Chiappini (*Pues digo mi canción...*, Alinea Editrice, Firenze, 2000), son algunas de las publicaciones que están contribuyendo a colocar a Crespo en el lugar que le corresponde. A esta encomiable y necesaria labor creo que debería sumarse la que inició José María Balcells con la publicación del volumen *Primeras poetas* (Diputación de Ciudad Real, 1993), y que yo, de algún modo, continué con ese trabajo sobre la correspondencia enviada por Crespo a Alcaide. Estoy hablando de la conveniencia de comenzar a indagar en la obra de juventud de Crespo, así como en la

posibilidad de ir dándola a conocer. Soy consciente de que esa no es una tarea urgente y de que, en otros casos –los de Federico García Lorca y Miguel Hernández por ejemplo–, han tenido que pasar más de cincuenta años entre la fecha de la muerte y la publicación completa de sus primeras obras. Poco pueden añadir estéticamente –ni en estos dos casos ni en el de Crespo– sus respectivas obras iniciales a la que ellos decidieron publicar y dar a conocer como suya. Sin embargo, sí que puede resultar importante para algo que no cabría desdeñar: el mejor conocimiento de las diversas etapas del universo artístico de Crespo y de su biografía. Además, en el caso de Crespo se una realidad que no puede ser ocultada y de

la que dan testimonio las bibliotecas; hablo de una publicación juvenil de Crespo anterior a *Una lengua emerge*, de 1950, es decir, la *Primera antología de mis versos (1942-1948)*, publicada en 1949, en Ciudad Real, por la editorial Jabalón.

En el citado artículo sobre la correspondencia de Crespo a Alcaide, describo esa publicación y señalo mi extrañeza ante el hecho de que no sea citada en ninguno de los trabajos sobre Crespo ni en ninguna de las ediciones de su obra; sólo la he encontrado mencionada en el libro de Jaume Pont sobre el postismo (*El postismo*, Edicions del Mall, Barcelona,

Centro de Estudios

RESUMEN:

Jesús Barrajaón es profesor de Literatura en la UCLM, en Ciudad Real. Anteriormente había estudiado –entre otros temas, la correspondencia entre Crespo y el poeta de Valdepeñas Juan Alcaide. En este texto se centra en los primeros libros de Ángel Crespo, incluidos aquellos que fueron de alguna forma postergados por el propio autor, por entenderlos ajenos a su evolución posterior. Barrajaón argumenta que, aunque puedan considerarse libros menores, tienen interés para entender la trayectoria del poeta de Alcaide.

1987). No deja de sorprender ese olvido, tras el que no cabe ver sino el deseo de Crespo de recordar esa su primera publicación. No es posible objetar nada a esa voluntad del poeta, dueño de su obra y del derecho a ordenarla como se le antojara. Nadie puede, por ejemplo, poner reparo alguno a que la edición de los tres volúmenes de *Poesía* (Fundación Jorge Guillén, 1996) no incluya ningún poema anterior a 1949. Distinta es, sin embargo, la posición de un estudioso o de un crítico, porque, en mi opinión, no puede dejar de consignar lo que sabe que existe: nadie puede obligarlo a hablar sobre ello, pero bien podría achacárselo dejar de citar lo que conoce. Y eso es lo que ha sucedido desde la publicación en 1960 de una selección de poemas de Crespo, la que con el título de *Antología poética* prepararon el propio poeta y José Albi (Publicaciones de la revista *Verbo*, Valencia), en la que –¿quién puede negarle al poeta ese derecho?– no se incluyen composiciones anteriores a 1949, y en la que no cita en el apartado de “Bibliografía” –¿quién puede privar al lector de ese dato?– ninguna publicación anterior a 1950. Yo no pretendo impulsar desde aquí la publicación de esos poemas, sino la consideración de los mismos por parte de la crítica como un modo de desentrañar mejor la totalidad del universo creador crespiano. Es desde esa posición y desde el convencimiento de que contribuyen a dibujar la figura de un más que notable creador, desde la que pretendo dar aquí cuenta de algunas consideraciones sobre esa primera publicación antológica.

Como ya indiqué en ese trabajo sobre la correspondencia de Crespo a Alcalá, y como cualquiera puede ver simplemente con asomarse al índice de esa *Primera antología de mis versos*, el volumen está formado por la selección de poemas de catorce libros: *Loores a Nuestra Señora del Castillo* (1942), *Poemas azules* (1942-43), *Meseta* (1942-43), *Brate lírico* (1942-1944), *Sol sin nubes* (1942-44), *Oasis* (1942-45), *La encina y los labios* (1943-44), *Momentos reunidos* (1943-45), *Loco de atar* (1945-48), *El hombre* (1945-48), *Música celestial* (1945-48), *La vena loca* (1945-48), *Los dos* (1946-) y *El poeta* (1946-48). De todos ellos, que yo sepa, sólo se publicó *Meseta* (Tipográficas Alpha, Ciudad Real, 1943). Crespo los dividió en dos partes: la primera (1942-1945), formada por los poemas recogidos de los ocho primeros libros; la segunda (1945-48), por los de los seis últimos. A modo de introducción, el poeta coloca “Cinco notas preliminares”, de las que me parece oportuno destacar aquí la clara conciencia poética de Crespo, que ya entonces distinguía con claridad el valor de sus primeros escritos, propios de un aprendiz de poeta –no olvidemos que escribe esos poemas entre los dieciséis y los diecinueve años–, del de los segundos, que consideraba ya salvables y en la línea de lo que él deseaba ser como poeta. En la primera de esas notas se lee:

Los libros representados en la primera parte son libros en agraz. De ellos he arrancado lo que más se acerca a la dulzura de lo hecho. Los representados en la segunda parte son como avispas: Me asedian, me piden, [...] y yo he preferido dar a la publicidad lo que considero más MIO. Así podrá acallar sus voces. Las de los primeros, que serán en adelante habitantes del olvido. Las de los segundos, que seguirán dentro del área de mi conciencia poética.

Quien así escribe es alguien interesado por la literatura desde la infancia, alguien que estudia en Madrid la carrera de Leyes y que ha entrado en contacto con el Postismo –en algún momento de esas “Cinco notas preliminares habla de “los postistas” empleando la primera persona del plural–, alguien que refleja una gran madurez para los veintidós o veintitrés años que

cuenta en el momento de publicar este libro. Cualquiera que lo hojee puede observar las ingenuidades juveniles de sus primeros libros y cómo estas van desapareciendo en los de la segunda parte, donde se intuye no sólo el mejor aprendizaje del oficio, sino la forja de lo que Crespo llama su “conciencia poética”. De hecho, cuando finalmente Crespo acepta la ya mencionada publicación del volumen *Primeras poesías*, los poemas que aparecen son algunos de los que forman la segunda parte de esta *Primera antología*... Cincuenta años después de escritos, Crespo continuó pensando que estaban dentro de su “conciencia poética”; cincuenta años después mantuvo también la idea de que los otros debían ser “habitantes del olvido”.

Rechazo ideológico

Las razones por las que Crespo rechazaba esos poemas, como se ve, son fundamentalmente poéticas, pero la –llamémosle así– fobia o terror hacia ellos creo que estriba también en planteamientos de tipo ideológico. Me refiero fundamentalmente a la composición de carácter falangista recogida de *Poemas azules*, y la de *Loores a Nuestra Señora del Castillo*, ambas puros ejercicios poéticos de adolescente. El Crespo intelectual y progresista que se forma en la segunda mitad de los años cuarenta y que es ya una presencia sólida en los cincuenta no puede mirar con buenos ojos esos poemas falangistas o de almirabada y retórica religiosidad. Yo comprendo perfectamente su actitud, pero no puedo por menos de señalar que nosotros, como lectores de su obra, tenemos que mirar ese momento lírico de Crespo como hijo de un tiempo personal e histórico que justifica la existencia de esos poemas. El tiempo personal nos lleva a un joven entre 16 y 19 años, procedente de una familia burguesa, católica y conservadora; el histórico a una provincia de España, Ciudad Real, en la inmediata posguerra, tras tres años durísimos de guerra civil vividos en una zona del bando republicano, y en el momento en el que los vencedores “vengaban” los oprobios a los que habían sido sometidos (véase F. Alía Miranda, *La guerra civil en retaguardia*, Diputación de Ciudad Real, 1994). Ignoro el papel exacto que jugaron las familias Crespo y de Madrid en esos años de guerra y posguerra, pero, en cualquier caso, ¿era fácil esperar que el joven Crespo, con esos pocos años, no viviera esos terribles acontecimientos desde el prisma de la ideología familiar? ¿No es mucho más lógico suponer que el corazón de un joven noble que –permítaseme la expresión– sólo sabía de la guerra la mitad, viese sus inclinaciones líricas hacia esa épica de amaneceres gloriosos –*Poemas azules*– o hacia esa mística de amores marianos –*Loores*... y, en menor medida, *Oasis*? ¿Quién puede pedir a nadie un pensamiento consecuente cuando se tienen esos años? ¿Quién puede recriminar a ese joven que abrazara la ideología familiar después de haber visto en su ciudad decenas de asesinatos de amigos y familiares y de haber vivido la prohibición del culto religioso? Al contrario, creo que lo que puede sorprendernos es que Crespo abandonara tan tempranamente ese mundo, que se alejara del cálido mundo de la burguesía provinciana y caminara hacia una posición ideológica de independencia mucho más incómoda sin duda en aquellos momentos. Es fácil entender la postura de Crespo, la de querer olvidar aquello y no oír a los papanatas que podían acusarle de lo que nunca fue. ¿Por qué mantener hoy esa postura, cuando cualquiera comprende su posición y cuando su vida y su obra avellan su condición de gran intelectual y gran escritor? Pero, sobre todo, ¿por qué prescindir de poemas en los que se intuyen aspectos que después la obra del escritor desarrollará? Veamos este poema:

DEJÁME

Dejame dormir
sobre tu pecho.
Quiero
heber tu aliento.
Dejame dormir
sobre tus muslos.
Yo quisiera ser brisa,
Viento desnudo,
Que juega con tu falda
Y con los juncos.

El poema pertenece a *Brote lírico* (1942-1943). Si yo fuera un poeta que hubiera escrito lo que Crespo dio a conocer a partir de 1950, no tendría inconveniente alguno en que los demás supieran que ya con dieciséis años conocía bien los resortes de una poética de la sencillez expresiva y que jugaba a emplearlos para la comunicación de unos determinados sentimientos, en este caso, amorosos. Tampoco tendría reparo ninguno en que los demás conocieran este poema de *Momentos reunidos* (1943-1945):

CIRCUNFERENCIA

(Gozo)

Exacta maravilla
todos tus puntos distan
igual de un solo punto
que no se delimita.
(Pájaros
alrededor de un invisible árbol).
¿Será el sol un solo punto
en el área infinita
del Universo?
¿No se podrá medir
de pequeño?

(Dolor)

Dictador terrible
De su centro.
Yo incitaré a los puntos
a que huyan y vuelen,
a que rompan esa
circunferencia.
Yo odio al centro:
¿Por qué han de dejar de estar los puntos
a los radios sujetos?

(Rebelión)

Yo me rebelo
Yo soy un anarquista
Geométrico.

¿Cómo podríamos suponer que a un poeta como Crespo le fuera a molestar que se supiera que con los pocos años que él tenía cuando escribió ese poema, conocía lo suficiente la poesía de Jorge Guillén y de Gerardo Diego, tanto como para jugar con ella y escribir un poema lleno de gracia e inteligencia? Que no le molestaba se percibe en la publicación del libro *Primeras poesías*; que las razones de su fobia eran literarias —aunque no sólo— lo evidencian la inclusión en ese volumen de los sonetos dedicados a la Virgen, incluidos en *Primera antología* en el libro de *Oasis*; que el lector interesado en Crespo tiene derecho a conocer no digo su obra inédita sino la que publicó en vida, creo que queda evidenciado con la reproducción de estos dos poemas

incluidos en su *Primera antología* y dejados fuera de *Primeras poesías*. Lejos de rebajar su figura, textos como las cartas que envía a Alcaide, o estos poemas, engrandecen su figura, y nos ayudan a dibujar una etapa tan importante en la vida de un escritor como lo es su época de formación. ¿Quién puede creer que el conocimiento de este soneto, por ejemplo, dice algo en contra de un joven poeta?:

EL POETA PIENSA EN SÍ MISMO
Y SE ESTREMECE

Me sobra tanta vida, que me inquieta
el temor de que me ahogue tanta vida.
Pasa el tiempo y jamás está dormida
mi alma multinquiriente de poeta.

Jamás el salto, el avanzar, me aquieta:
cada paso me suelta más la brida,
cada meta alcanzada es una huida
al más allá de la postrera meta.

Cazo un gorrión y ansío una paloma,
consigo la paloma y me desvivo
por cazar a la reina de las aves...

Quiero ir a la montaña tras la loma
haber pasado... Y, mientras tanto, vivo
buscando las palabras y sus claves.

Lo que en este poema se observa es la temprana aparición de una serie de elementos que, más tarde, desde la sabiduría poética, intelectual y personal ganada con el paso de los años, reaparecerán con plena significación: la verdad de la palabra poética como meta inalcanzable ("cazo [...] ansío [...] consigo [...] me desvivo"), pero también como búsqueda vital ("vivo buscando las palabras y sus claves") y como único camino; y lo que es más importante, la simbología empleada, el gorrión, la paloma, las aves, lo que después se concretará —principalmente— en *El ave en su aire*. No deja de admirarme la coherencia del mundo crespiano, y por eso reivindico el conocimiento de la totalidad de su obra. No hablo de inéditos porque esa es otra cuestión bien diferente, sino de una publicación primera a la que el joven Crespo dio su visto bueno. Estoy convencido de que la obra entera de Crespo es digna del mayor reconocimiento y por eso es lógico reivindicar también su primera juventud como poeta. ■